





Un amor al alba





Élisabeth Barillé

Un amor al alba

Modigliani y su musa

A

Barillé, Élisabeth

Un amor al alba : Modigliani y su musa . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2015.

192 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Silvia Kot

ISBN 978-950-02-0836-9

I. Literatura Francesa. I. Kot, Silvia, trad. II. Título
CDD 840

Un amor al alba. Modigliani y su musa

Título original: *Un amour à l'aube*

© Grasset & Fasquelle, 2014

Traductora: Silvia Kot

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2015

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición: febrero de 2015

ISBN 978-950-02-0836-9

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

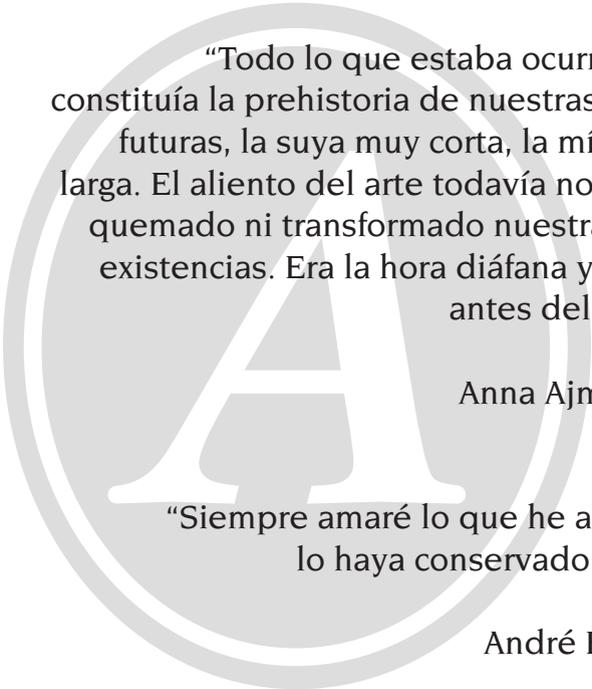
Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en febrero de 2015.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.



“Todo lo que estaba ocurriendo constituía la prehistoria de nuestras vidas futuras, la suya muy corta, la mía muy larga. El aliento del arte todavía no había quemado ni transformado nuestras dos existencias. Era la hora diáfana y ligera antes del alba”.

Anna Ajmátova

“Siempre amaré lo que he amado, lo haya conservado o no”.

André Breton



RECONOCER





Cabeza de mujer en piedra calcárea, 64 cm, ejecutada hacia 1910-1912. La firma, en el reverso: Modigliani. La casa Christie's, que la registró en el lote nº 24 para sus subastas parisinas del 14 de junio de 2010, calculó el precio de la obra en seis millones de euros. Modigliani murió a los treinta y seis años y dejó veintisiete esculturas. Diecisiete de ellas se conservan en los mejores museos del mundo: la Barnes Foundation de Merion en Pensilvania, el Museo Salomon R. Guggenheim y el Museo de Arte Moderno de Nueva York, el Museo de Arte de Filadelfia, el Instituto de Arte de Minneapolis, el Fogg Art Museum de la Universidad de Harvard, la Tate Gallery de Londres, la Kunsthalle de Karlsruhe en Alemania, la National Gallery of Australia de Canberra, el Museo de Arte Moderno-Centro Georges-Pompidou de París, el Museo de Arte Moderno-Lille Métropole de Ville-neuve-d'Ascq. Diez esculturas se encuentran en colecciones privadas. La que se ofrecía ahora, nunca había sido exhibida ante el público desde su adquisición en 1927 por parte de Gaston Lévy, fundador de las tiendas Monoprix.

Su aparición en el salón impuso silencio. ¿Qué podía decirse sobre ella? ¿Cómo describir su presencia implacable, su abrumadora dulzura? Entre la esfinge, la virgen y lo supersónico, diría un Baudelaire de los tiempos modernos. ¿Habría alguno en el salón? ¿Un amante de lo imposible que hubiera ido allí a reavivar su necesidad de algo distinto? ¿O todas esas sillas, tan tontas, de pronto, frente al bloque de belleza, estarían ocupadas por contadores que tasaban en millones de euros, de dólares, de libras esterlinas, de francos suizos, de yenes, de yuanes, de dólares estadounidenses y dólares de Hong Kong, su afán de posesión y la rentabilidad probable, la rentabilidad deseada de la inversión?

Comenzaron las subastas. Se instaló otro silencio, cargado de algo incierto: solo se sentía que coartaba y pesaba. Estaban los que palidecían frente a cada nueva subasta. Los que apretaban los dedos en cálculos improbables. Los decepcionados que capitulaban con una sonrisa sin labios. Los fatalistas, aliviados cuando abandonaban una carrera que ganaba finalmente algún personaje anónimo, oculto detrás de alguna mampara. En un mundo mejor, la suma invertida podía servir para la construcción de un hospital: 43,18 millones de euros, gastos incluidos. El precio más alto que se había pagado nunca en Francia por una obra de arte.

No he sido un testigo directo de los hechos que relato aquí, pero cuando los descubrí, algunos meses más tarde, en el consultorio de un médico clínico de barrio que seguramente consideraba muy elegante colocar catálogos de subastas en la mesita de su sala de espera, mi pensamiento se detuvo en una frase, absurda, que figuraba debajo de esas litografías de campos de lavanda: “Todo es misterio”.

Porque yo reconocí aquella cara: en esa frente, ese cuello, ese perfil, identifiqué a la mujer única, la mujer de carne y hueso. Esa mujer tenía un cuerpo, una vida, una historia, cuya fuerza se unía, como en Modigliani, a lo trágico. Un nombre subió a mis labios, un nombre que había descifrado en cirílico, en mi juventud, en libros antiguos que habían llegado a Francia en maletas: libros rusos y libros soviéticos. En aquel tiempo, esta diferencia podía levantar un verdadero muro entre las personas. Pero no en mi casa: la Rusia blanca de mi abuelo, exiliado en Francia desde 1920, convivía bajo el mismo techo con la soviética, esa Rusia roja en la que había vivido, durante cincuenta años, la mujer a la que él había tenido la insensatez de hacer ir a Francia en 1963, para casarse con ella según el rito ortodoxo: Guenia. Niña bajo el régimen de Nicolás II, joven bajo el de Lenin, mujer bajo el de Stalin y luego Jruschov. Una vida sometida a la historia y, para materializarla en Occidente, en un país al que la historia rozaba

de lejos, esas maletas llenas de libros. Las austeras ediciones soviéticas, realizadas, en el caso de las más caras, por grabados originales.

También era original para mí ese apellido. Sonaba más oriental o tártaro que ruso: por eso, aparecían esas imágenes de dunas y desiertos cuando yo lo pronunciaba lentamente en voz alta.

Ajmátova.

Este apellido no figuraba en el catálogo. Sin embargo, parecía decir todo sobre esa escultura, sobre su primera presentación pública en París, en el Salón de Otoño de 1912, y sobre el lugar que ocupaba en la obra de un hombre que al principio quiso ser escultor. Para el experto de la casa de subastas, esa virgen altiva, tomada de frente, como si el viento le diera en la cara, como la proa de un transatlántico tallado por los ciclones, prefiguraba la obra pictórica de un artista que llegó a la pintura forzado por problemas de salud. El autor del catálogo, por su parte, veía en ella la sombra de la reina Nefertiti. Si yo hubiera asistido a la subasta, aquel día, ¿habría tenido el valor de repetir en voz alta ese lugar común?

Pero el 14 de junio de 2010, yo no estaba en París, sino en San Petersburgo, más precisamente en el canal de la Fontanka, en la casa-museo de Anna Ajmátova. ¡Pensar que había viajado tantas veces a Rusia y nunca había llegado hasta ese lugar! Caminé a lo largo del muelle de granito, que resplandecía bajo la lluvia. Los reproches se cruza-

ban con mis recuerdos: las maletas envueltas en papel madera y sus tesoros de libros, la niña fascinada por lo desconocido de un país que brotaba de sus páginas, la adolescente que estudió ruso porque debía y quería hacerlo. Volví a ver también una edición bilingüe comprada en la rue des Écoles, *Les Poètes de l'Âge d'Argent*, esa milagrosa eclosión de voces nuevas de la Rusia de los años 1900. Poemas de Gumiliov, eruditos, misteriosos; poemas de Mandelstam, siempre bajo presión; poemas de Ajmátova: versos mordaces de juventud, elegías orgullosas en la edad madura. Anna, la paloma; Ajmátova, la depredadora. Anna Ajmátova, la heroica. Recordé sus sufrimientos de poeta prohibida y solitaria, sus tormentos de madre, la cáustica ironía de su espíritu. Recordé también su belleza. Una belleza singular, una belleza trabajada, ganada sobre visibles e insoportables defectos –la nariz quebrada, el cuello interminable–, una belleza arrogante para la adolescente que aspiraba a ella como a un destino inaccesible. Porque la belleza, la gran belleza, construida por la voluntad, conquistada sobre los defectos, es un destino, sin duda.

Señalada desde la calle por una enorme foto de Anna con un vestido floreado de cuello oscuro, el apartamento de la Fontanka, en un ala del palacio Sheremetiev, nunca había sido realmente suyo. Se trataba de un alojamiento de servicio que las autoridades soviéticas le habían otorgado a quien fue su tercer marido, el historiador de arte

Nicolái Punin. Cuando se instalaron allí, en 1925, en la primavera de su relación, Anna tuvo que compartir el espacio con la primera esposa y la hija de Punin, que vivían en la habitación contigua, sin saber que esa cohabitación forzada nunca terminaría y que debería soportarla incluso después de su ruptura, porque no tenía ningún otro lugar donde vivir en Leningrado. En 1989, en el centenario de su nacimiento, convirtieron el apartamento comunitario en un museo totalmente dedicado a ella. Un lugar de culto, me dije mientras atravesaba el patio que me llevaba a él.

Sabía más o menos qué encontraría: viejos pisos de madera encerada, manuscritos debajo de vitrinas, y toda una serie de objetos sentimentales para recordarnos que las cosas inertes siempre sobreviven a los vivos. En la entrada, mi mirada no se detuvo en el abrigo colgado bajo dos pobres sombreros, sino en el auricular de un teléfono que una vestal en zapatillas miraba con atención como si fuera a sonar en cualquier momento. Podía suceder, en efecto. Anna Andréievna Ajmátova lo empuñaba todas las mañanas, con un nudo en la garganta, para tratar de obtener noticias de su hijo prisionero en un gulag, me explicó una voz hostil.

¿Podía tomar una foto? ¿Había comprado el ticket que me daba ese derecho? No: solo había adquirido la entrada. En ese caso mi cámara fotográfica debía permanecer en el fondo de mi cartera.

Una mesita de luz, un gramófono, un oso de peluche, un tintero negro con tinta seca, un chal con flecos, un escritorio lleno de papeles personales. Fui de una pieza a la otra, de un objeto al otro, de un pensamiento al otro. La vanidad de la vida, la inútil eternidad de los objetos, la vibración perdida de las cartas.

Y de pronto, ese dibujo.

Al acercarme, vi que se trataba de una fotocopia.

Un Modigliani se reconoce a simple vista.

Ajmátova por Modigliani. ¿Qué vínculo revelaba ese boceto a lápiz?

Me acerqué más. Esos mechones que juguetaban, ligeros y desordenados, sobre la deliciosa distorsión de la nuca, como en la frente de una niña, ese detalle adorable, ¿era amistad?, ¿era amor?

¿No tomar una fotografía? ¡Imposible! Al hacerlo, supe que hacía otra cosa, o más bien que algo se hacía dentro de mí. ¿Qué? No lo sabía. Tampoco sabía que en ese mismo momento, el enigma se imponía también en París, en un salón de subastas de la avenue Matignon.

Cerré el catálogo en el que acababan de rozarme las alas de seda del misterio. No tuve la audacia de deslizarlo discretamente dentro de mi cartera. Toqué mis mejillas: ardían. Luego oí mi nombre. Me levanté, un poco bruscamente al parecer, porque algunas cabezas se levantaron también. Me hubiera gustado decirles: "Ya tengo mi próximo libro".